



EDISON,
Thomas Alva



PICASSO,
Pablo



FRANK,
Ana



LENNON,
John



GANDHI,
Mohandas

También fueron jóvenes

Jordi Sierra i Fabra

AMÉRICA

bam
bú

Editorial Bambú es un sello
de Editorial Casals, SA

© 2013, Jordi Sierra i Fabra
© 2013, de las ilustraciones, Fernando Vicente
© 2016, de esta edición, Editorial Casals, SA
Tel.: 902 107 007
editorialbambu.com
bambuamerica.com

Diseño de la colección: Estudi Miquel Puig

Primera edición: septiembre de 2016

ISBN: 978-84-8343-425-3

Depósito legal: B-16908-2016

Printed in Spain

Impreso en Anzos, SL

Fuenlabrada, Madrid

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (conlicencia.com; 0034 91 702 19 70 / 0034 93 272 04 45).

También fueron jóvenes

Jordi Sierra i Fabra

Ilustraciones de Fernando Vicente

Prólogo

Un día lejano, muy lejano para todas ellas, esas personas ancianas e importantes cuyas fotos vemos en las enciclopedias o en Internet, vivas o ya muertas, fueron jóvenes. Más aún, fueron niños.

Niños como cualquiera.

Y también niños diferentes.

Como cualquiera porque a los ocho, diez, doce o quince años, nadie deja de actuar como lo hacemos todos a esa edad. Diferentes porque en su mente y en su alma tenían ya una semilla, un sueño, un anhelo por el que estuvieron dispuestos a darlo todo.

Incluso su propia vida.

Esa es la fuerza de la grandeza.

La fuerza de las grandes vocaciones, artísticas, científicas...

Es curioso que muchos extraordinarios artistas y científicos tuvieran problemas en la niñez. Trastornos, bipolaridades, esquizofrenias, retraso en los estudios y malas calificaciones, dislexias, incluso formas de autismo que determinaron a maestros y papás a concebir muy pocas esperanzas sobre su futuro. Pero de esas peculiaridades surgió su genio, dando pie a lo que para muchos fue siempre una certeza: que la distancia entre genialidad y locura es muy pequeña.

Otra semejanza curiosa es que, a no pocos hombres y mujeres que un día lograron sus sueños, sus maestros en la escuela les dijeron que no llegarían nunca a nada, incapaces de ver su genio.

Hay cientos de pioneros, avanzados a su tiempo, rompedores, visionarios, y miles de historias que hablan de superación y apasionada entrega en pos de esos sueños. Aquí traté de reflejar tan solo unas pocas de estas historias, entre ellas... la mía, sin que por ello pretenda compararme a grandes personajes como Edison, Einstein o Picasso.

En este puñado de relatos del pasado, hay narraciones sorprendentes (Mozart), dramáticas (Ana Frank), curiosas (Edison, Julio Verne), singulares (Gandhi), de superación (Jane Austen, Einstein), pero en todas (menos en Anne Frank, que murió de

niña), vemos los gérmenes del adulto que años después aportaría algo a la historia de la humanidad.

Estos textos son adaptaciones libres de la realidad, pequeños retazos biográficos novelados, y en modo alguno pretenden ser el fiel testimonio, palabra por palabra y detalle por detalle, de lo que les sucedió a todos ellos en su momento.

Bienvenidos al viaje.

Jordi Sierra i Fabra



VERNE, Julio

El mayor creador de novelas de aventuras y el más insólito visionario del futuro a través de ellas nació en Nantes, Francia, el 8 de febrero de 1828 y murió el 24 de marzo de 1905 en Amiens. A los ocho años la señora Sambain, la viuda de un marino que regentaba la escuela en la que estudiaba, le contó anécdotas de los viajes de su marido. Fascinado por las historias y con la imaginación desbordada, nació su interés por la aventura y su pasión por la escritura. Pese al éxito ya en vida de sus novelas, como *Viaje al centro de la Tierra*, *Veinte mil leguas de viaje submarino*, *De la Tierra a la Luna*, *Cinco semanas en globo*, *La isla misteriosa*, *La vuelta al mundo en ochenta días* o *Miguel Strogoff*, sus coetáneos no lo valoraron nunca y jamás fue admitido en los círculos literarios o intelectuales

franceses. La mayoría de sus obras fue llevada al cine y, por si fuera poco, con múltiples versiones.

Julio Verne avanzó en sus novelas inventos tan decisivos en la historia del siglo xx como los aviones, los helicópteros, la televisión, las naves espaciales o los submarinos. Después de Agatha Christie, es el autor más traducido del mundo.

Dos hechos curiosos marcaron su infancia junto con esos relatos narrados por la señora Sambain. Cuando su papá lo internó en un colegio, trató de fugarse por la ventana trezando unas sábanas por las que se descolgó. Fue descubierto. Con once años, sin embargo, protagonizó su más insólita experiencia: se escapó de casa para embarcarse en un navío que iba a las Antillas. Quería viajar y conseguir un collar de perlas para su amor, su prima Caroline.

Nantes, Francia, 1839

Los barcos se alineaban en el puerto fluvial formando una fila junto al muelle. Los altos palos, las velas arriadas, la recia solidez de las amuras, los cabestrantes o las gavias, las poderosas quillas dispuestas a romper las aguas de los siete mares, las cofas desde las que se vislumbraba el lejano horizonte. Conocía todas las partes de un buque. Se sabía de memoria sus componentes. Tantos y tantos nombres llenos de poesía y encanto, fuerza y vida, obenques, botalones, toldillas, burdas, el timón...

Julio miró hacia atrás.

Disponía de unas horas antes de que empezaran a buscarlo.

Unas horas.

¿Suficientes?

Salió a la luz y paseó entre los hombres que cargaban o descargaban los barcos. Unos se irían cuando sus bodegas estuvieran llenas, otros acababan de llegar y las vaciaban. Nadie le prestó la menor atención. El muelle era un hervidero, como siempre.

Pero esta vez lo veía con otros ojos.

Ya no sería un espectador, sería un protagonista.

Cuando llegó al extremo del muelle y hubo examinado el último barco, dio media vuelta y desanduvo lo andado. Ya tenía seleccionados tres, *Valiant*, *La Coraline* y *La Damme*. El primero parecía el más grande, el tercero el más veloz, pero *La Coraline*...

El nombre era casi igual al de Caroline.

Suspiró al pensar en ella.

Lo malo de todo aquello era que no la vería en mucho tiempo, hasta que regresara. Lo bueno era que también lo hacía por ella. Sus sueños y ella.

Lo entendería.

Y lo esperaría.

Contempló *La Coraline* con el corazón palpitándole en el pecho.

Luego se acercó a la pasarela.

No llegó a poner un pie en ella, porque el hombre que la custodiaba desde arriba lo detuvo en seco.

—¡Eh, tú, mocososo! ¿Qué miras?

–¿Cuándo zarpa este barco?

–Mañana al alba, ¿por qué?

–¿Está la tripulación completa?

El marinero se cruzó de brazos.

–El capitán se encuentra ahora en la compañía consignataria, ¿por qué? ¿Quieres enrolarte, pequeña pulga?

–¿Qué compañía es?

El hombre señaló un lugar a su espalda, un edificio de viejas maderas de gastado color caoba, dos pisos, con el nombre de Compagnie des Amériques.

–¡Gracias!

–¡Será mejor que no te acepten, porque si vienes aquí te haré limpiar la cubierta de proa a popa! –se rio el marinero.

Julio echó a correr. Sorteó a un par de estibadores doblados por el peso de los fardos que transportaban y llegó a la puerta de su destino. Parte del éxito de su empresa residía en poder zarpar cuanto antes, sin demora, o sería tarde. Una vez cruzado aquel umbral, se encontró en una oficina con un largo mostrador. Había una fila de hombres cargados con costales, bultos amarrados con cuerdas y pañuelos con los extremos anudados. El que los atendía tomaba sus nombres y sus datos.

–Jean-Luc Forestier, marinero...

El hombre del mostrador lo anotaba con esmero en una libreta, de forma pausada. Mojaba la pluma de tanto en tanto y luego reiniciaba su escritura paciente.

–¡Apúrate! ¡A este paso el barco se irá sin nosotros! –protestó el último de la fila.

–¡Ningún barco se va sin tripulación! –rezongó el escribano.

Hubo algunas risas.

Julio no supo qué hacer.

Si guardaba la fila, tal vez se metieran con él, como acababa de hacer el de la pasarela.

Los grumetes eran los más indefensos.

Se acercó al mostrador y miró por encima, apoyando la barbilla en él.

–Santo Dios, visto desde aquí pareces un decapitado –oyó como decía una voz.

El hombre, con uniforme de capitán, apareció por su izquierda.

El muchacho levantó la cabeza y se apartó del mostrador.

–¿Qué quieres? –El oficial frunció el ceño al ver que no se apartaba.

–Enrolarme, señor.

–¿Dónde?

–En *La Coraline*.

–Ese es mi barco –dijo con voz grave.

–Entonces yo seré su grumete, capitán.

Se miraban a los ojos, el uno al otro, con determinación el niño, con autoridad el hombre.

–¿Y si ya tuviera uno?

–Entonces le diría que dos grumetes son mejor que uno, y que yo soy mejor que cualquier otro.

Consiguió hacerlo sonreír.

–Vamos a las Antillas y estaremos fuera muchos meses.

–Lo sé.

–¿Cuántos años tienes?

–Doce –mintió–. Cumpliré trece en unos días.

–Pareces más pequeño.

–De tamaño tal vez, pero le aseguro que...

–¿Cómo te llamas? –lo detuvo el marino.

–Julio Verne.

–¿Y por qué quieres ser grumete, Julio Verne?

–Porque amo el mar, porque es mi vida, y porque no tengo otro camino que trabajar o morir de hambre aquí –dijo con aplomo.

–¿No tienes familia?

Temió ponerse un poco rojo, pero aún así continuó mintiendo lleno de aplomo.

–No, señor.

–¿Nadie?

–Mi mamá murió hace unos días. Mi papá era marinerero pero no lo conocí. –Tomó aire y agregó:– Le aseguro que no se arrepentirá, capitán. Si se arrepiente, puede arrojarme al mar.

–Ten por seguro que lo haré. –Alzó una ceja y la sonrisa desapareció.– Ven.

Lo siguió hasta el otro lado del mostrador. Jean-Luc Forestier estampaba su firma en el documento que el escribano acababa de ponerle delante. Una firma consistente en una simple aspa. Las condiciones del trabajo y el salario no importaban. Todas las compañías y todos los barcos eran iguales. Lo importante era no estar en tierra demasiado tiempo. Los marineros callaron al ver al hombre que iba a dirigir sus vidas en alta mar.

–Señor Servion...

–¿Sí, capitán? –Guardó el papel con la firma del marinerero.

–Este es Julio –le presentó–. Julio Verne. Tómele la filiación y mándemelo de inmediato al barco, ¿de acuerdo?

El señor Servion miró al muchacho.

–¿En calidad de qué? –preguntó absolutamente serio.

–De primer oficial, por supuesto –dijo el capitán con un recio tono de voz.

Los hombres, todos, incluidos Servion y él, tardaron un poco en reaccionar.

Un poco en echarse a reír.

Pese a las carcajadas, Julio se mantuvo firme.

El corazón a mil.

Acababa de conseguirlo.

Al alba se iría en *La Coraline*, rumbo a su destino.

Sentado en el extremo del pequeño malecón abierto sobre el río, se sintió ridículo y furioso.

Todavía le dolía el cuerpo, así que se llevó una mano a la espalda, allí donde la vara de su papá había dejado, huella tras huella, el reflejo de su enorme enojo. Más aún que el hecho de haber sido azotado, lo que le exasperaba era el final de su escapada, la ingenuidad de los acontecimientos en sí, la forma absurda de haber tenido que volver a Nantes.

Ahora, difícilmente podría repetirlo.

Dirigió una mirada preñada de nostalgia al río, que se perdía caudaloso rumbo al mar. El Loira era navegable y Nantes disponía de puerto. El mismo pueblo del que él había escapado unos días antes.

Todo parecía ya muy lejano.

Lo malo era que lo llamasen «niño».

¡Tenía once años!

—Y estamos en 1839 —protestó en voz baja, para sí mismo—. Medio mundo está viajando y descubriendo al otro medio.

¿Qué hacía él allí, perdido, envuelto en sueños, enamorado, víctima de un papá severo y arraigado en el pasado? ¿Por qué el tiempo transcurría tan despacio? ¿Cuándo podría embarcar y marcharse a conocer las maravillas de los siete mares, a pesar de la promesa hecha a su papá?

Contempló un hermoso velero de tres palos que doblaba en aquel momento el malecón, para seguir el río en dirección oeste, hasta el océano Atlántico. Se preguntó a dónde iría, cuando regresaría, qué aventuras lo envolverían. Deseó estar en él y sintió envidia de quienes lo ocupaban, manejando los aparejos, cuidando el perfecto funcionamiento de la nave. Un día tendría un barco igual, y sería suyo, suyo de verdad. Nunca regresaría a Nantes, se iría a París. Nunca volvería a su casa, ni a ver a Pierre Verne, su papá. El mundo sería demasiado pequeño para él. En realidad, comenzaba a serlo ya. Los periódicos hablaban de extraordinarias expediciones a África, de asombrosos viajes al corazón de los mares árticos, de exploraciones en el continente americano, en el sur o hacia el oeste, y de revoluciones en los confines de Asia.

Un mundo en constante ebullición que lo esperaba. Aunque como tardase mucho, todo estaría ya hecho, explorado o descubierto.

Hizo un cálculo mental. Once años. Era 1839. Diez años más y, posiblemente al filo de la mayoría de edad...

–Seré un viejo –lamentó.

¿Y si aceptaba estudiar y su papá le permitía ir a París antes?

Volvió el abatimiento. Encima su prima Caroline ignoraba que todo lo había hecho también por ella.

Para demostrarle...

Tiró una piedra al Loira y contempló su chapoteo y las ondas que se formaron a continuación. El velero, ya libre del entorno del puerto, enfiló el curso del río. Un marinero agitó una mano en dirección a él. Correspondió al saludo, más por cortesía que por ganas.

Entonces oyó el grito a su espalda.

–¡Julio!

No tuvo que mover la cabeza. Era Gaston. Hubiera preferido no ver a nadie, pero a fin de cuentas algunas cosas eran inevitables. Esperó a que su amigo llegase hasta él. Cuando se sentó a su lado, dejando que los pies le colgaran también por el muro de piedra cuya base lamían las aguas del río, se encontró con su rostro expectante.

–¿Qué sucedió?

Se encogió de hombros, como si ya no tuviera importancia.

–Me atraparon –dijo.

–¿Cómo?

–Mi papá no es bobo. Dedujo que mi extraña ausencia tenía que ver con mis sueños y con lo que siento por mi prima Caroline, así que investigó todos los barcos que habían salido del puerto ese día. No tardó en encontrarme, por culpa de la nómina de la compañía consignataria.

–¿Hasta dónde llegaste? –Gaston abrió los ojos.

Los de Julio se llenaron de luces marchitas.

–Era un buen barco, ¿sabes? –suspiró–. Se llamaba *La Coraline*. Lo escogí porque se parecía a Caroline. –Cada vez que pronunciaba el nombre de su amada le temblaba la voz.– Se dirigía al otro lado del mar, a las Antillas. ¿Te imaginas? –Entonces endureció la mirada.– Habría navegado por medio mundo, conociendo lugares increíbles y gentes asombrosas, y yo mismo habría recolectado las perlas del collar de Caroline, una a una, perla a perla.

–¿Eras el grumete? –Su amigo siguió presa de la emoción.

–Por supuesto –dijo él–. Todavía no te dejan ser marino a los once años.

–¿Y cómo detuvo tu papá el barco?

El otro barco, el velero, se alejaba en silencio.

La imagen le hizo daño.

–No llegué muy lejos, la verdad –reveló empujando la realidad–. Nada más llegar a Paimboeuf, la primera escala, la policía subió por mí. Me encerraron y luego me trajeron aquí. –Apretó los puños.– Lo peor fue el lío, los problemas que causé sin pretenderlo. El capitán del barco tratándome de mentiroso y acusándome de que, por mi culpa, se quedaban sin grumete. Creí que me cortaba la cabeza. Luego los hombres del barco riendo y burlándose, la policía reprendiéndome como si estuviera jugando y luego como si fuera un asesino. Aunque lo peor fue llegar a mi casa, claro.

–Menudo es tu papá.

–Fue terrible.

–¿Te castigó?

–Sí.

–¿Te pegó?

Se subió el faldón de la camisa por detrás y se inclinó hacia delante. Los segmentos violáceos eran visibles en la carne. Formaban surcos diagonales sin apenas cicatrizar.

–¿Te duele... mucho? –Gaston palideció.

–Ya no –mintió.

–¿Qué vas a hacer ahora?

Era la pregunta que se estaba formulando antes de que llegara Gaston.

La gran pregunta.

Caroline, sus sueños...

Julio se dejó caer hacia atrás, despacio, para evitar que el dolor de las heridas se hiciera insoportable. Por encima de su cabeza el cielo era azul y el día muy hermoso.

El mismo día que vivirían los indígenas de los mares del sur, las tribus de África, los habitantes de las montañas de Suramérica o los campesinos de las grandes estepas rusas.

Y allí, en Nantes, Caroline, su prima, su amor, y él, prisionero de su todavía temprana edad.

Cerró los ojos.

No tuvo que responder a su amigo.

Recordó cómo había subido al barco, lo que sintió en el momento de conocer a la tripulación y que le gas-taran las primeras bromas, el instante en que la nave zarpó del puerto, las primeras horas como un auténtico lobo de mar, aunque todavía navegaran por el río...

Algún día sería de verdad.

Nadie lo detendría.

Algún día.

—¿Jugamos a algo? —le preguntó Gaston.



